

De la esperanza, con que andar solia
Por la escura region de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenia.
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!
¡Oh, cuán ocioso está mi pensamiento
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como á baldía,
Mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto
Con tal furor, con una fuerza nueva,
Que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva
A que desee tornar á ver un día
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

[das,
¡Oh, dulces prendas, por mi mal halla-
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estais en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasa-
Horas en tanto bien por vos me via, [das
Que me habiais de ser en algun día
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

FRAY LUIS DE LEON

ODAS

LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido [sido!
Los pocos sabios que en el mundo han
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértente las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luégo, sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada

De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce, acordado,
Del plectro sábiamente meneado.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El río sacó fuera
El pecho, y le habló de esta manera:
«En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido
Oye ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte y de furor y ardor ceñido.
»¡Ay! Esa tu alegría
Que llantos acarrea! y esa hermosa
(Que vió el sol en mal día),
A España ¡ay! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa!
»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales,
»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
»Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
»Oye que al cielo toca

Con temeroso són la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
«La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
»Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el día y le escurece.
»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por él hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
»¡Ay triste! ¿Y áun te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado,
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
»Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminante el hierro insano.
¡Ay, cuánto de fatiga!

¡Ay, cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente
A hombres y á caballos juntamente.
»Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
¡Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
»El furibundo Marte
Cinco luces las heces desordena,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE.

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ar-
Despiden larga vena, [diente;
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza

Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
»¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño:
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,

Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino.
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la baja de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destes bienes la destierra?
Aquí vive el contento
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda y restablece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.
¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquisimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Á FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda
Libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí, á mi vida junto
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.
Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimientó
Tan á nivel y plomo,
Dó estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento;
Veré las inmortales
Columnas dó la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada;
Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen;
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y decrecen;
De dó manan las fuentes;
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos;
Las soberanas aguas,

Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿No vés cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El día se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano;
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente;
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente;
La lluvia baña el techo,
Invian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho
Los campos anegados
Miran los labradores espantados?
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene;
Quién en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento

En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado,
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién con-
Al viento fiero, airado, [cierto
Estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos de-
[jas!

Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Si ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor y libertadas;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Citia y Cairo mora.
Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada:
No fué consejo humano;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.

No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero,
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio por ver al dulce compañero.

Cual suele el fiel sirviente,
Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado;
Así entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Dó puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.

Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado;
Camina en paz bendita,
Alma que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.

A España, á quien amaste
(Que siempre el buen principio al fin res-
Tu cuerpo le enviaste [ponde]
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.

Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando;
Nereidas á millares,
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.

Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguja con la una,
Y con la otra tendida
A las demás, que lleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atras ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
Esfuerza, viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento; haz que no tuerza
Dó Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
Y tú, España, segura
Del mal y cautiverio que te espera,
Con fe y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera;
Que tiempo será cuando,
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada.
De hácia el Mediodía
Oye que la voz amarga suena:
La mar de Berbería
De flotas veo llena:
Hierva la costa en gente, en sol la arena.
Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guia la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo
España está á merced en tanta afrenta,
Si ya este suelo caro
Cs fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan crudosienta.
Mas ¡ay! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida;
Del godo la potencia
Por el suelo caída,
España en breve tiempo es destruida.
¿Cuál rio caudaloso
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido?
Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.
Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante:
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante
Destroza y desbarata en un instante.
De grave espanto herido,
Los rayos de su vista no sostiene
El moro descreido;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.
Huye, si puedes tanto,
Huye; mas por demas, que no hay huida;
Bebe dolor y llanto
Por la mesma medida
Con que ya España fué de tí medida.

Como leon hambriento
Sigue teñida en saugre espada y mano,
De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano;
De muertos queda lleno el monte llano.
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero!
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.
Por tí del vituperio.
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.
Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.
De tu virtud divina
La fama que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devocion y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que en Levante
[mora.

EN LA CARCEL DONDE ESTUVO PRESO

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado,
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado, ni envidioso.

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRINCIPE

DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo;
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.
